

www.elboomeran.com

Ge Fei

El invisible

Traducción de Miguel Ángel Petrecca



Adriana Hidalgo editora

Fei, Ge
El invisible / Ge Fei - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Adriana
Hidalgo editora, 2016
168 p.; 20 x 13 cm. - (narrativas)

Traducción de: Miguel Angel Petrecca.

1. Literatura China. I. Petrecca, Miguel Angel, trad. II. Título.
CDD 895.1

narrativas

Título original: 隐身衣
Traducción: Miguel Ángel Petrecca

Editor: Fabián Lebenglik
Diseño: Gabriela Di Giuseppe

1ª edición en Argentina
1ª edición en España

© 2012 by Ge Fei
© Adriana Hidalgo editora S.A., 2016
www.adrianahidalgo.es

Maqueta original: Eduardo Stupía

ISBN Argentina: 978-987-3793-94-3
ISBN España: 978-84-15851-86-8

*Published by arrangement with People's Literature
Publishing House Co., Ltd. China*

Impreso en España
Printed in Spain

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito
de la editorial. Todos los derechos reservados.

EL INVISIBLE

KT88

A las nueve de la mañana puntual llegué a la puerta de un edificio de apartamentos del barrio Heshi. Este barrio, que está situado al este del antiguo Palacio de Verano y limita al norte con el viaducto del quinto anillo, en una época fue muy conocido a raíz del caso Zhou Liangluo, que tanto ruido hizo. Era, sin embargo, mi primera vez ahí. Le había instalado a un cliente del edificio ocho un amplificador valvular KT88 para incrementar la potencia de unos altavoces Acapella. El modelo Campanile de Acapella con bocina en trompo no es para nada raro en Pekín (los altos al emitir sonido titilan con un arco de luz azul que tiene algo de misterioso); pero a este modelo nuevo de altavoces de biblioteca sólo lo había visto en una fotografía en una revista de *hi-fi*. Para fabricar un amplificador a su altura había trabajado día y noche durante dos semanas. Aunque en mi fuero interno, a decir verdad, no tenía ninguna certeza de que funcionaría.

El otoño estaba avanzado y, tras la lluvia, ese día el cielo comenzaba despejarse. El aire era de una rara transparencia, parecía que con sólo tender la mano se podían tocar las copas de los fustetes que sobresalían de los

muros del parque y la pagoda sobre el monte Baiwang. En cuanto cayera un poco más de escarcha los arcos en las laderas de las colinas del oeste se pondrían rojos. Mi ánimo sin embargo no encajaba con ese clima tan bueno. Apenas cinco minutos atrás había recibido una llamada de mi hermana Cui Lihua: su marido había bebido de más la noche anterior y le había pegado una patada letal con un borceguí. Esa mañana había meado sangre. Su lloriqueo era insoportable pero como de costumbre no dije nada. No era que no quisiera consolarla, era que percibía que detrás de ese lamento se escondía otra cosa. En efecto, al final, de golpe me dijo:

“Realmente no aguanto más. Te lo pido por favor. No me gusta que sea así, pero por el afecto que nos tenemos como hermanos, apiádate de mí. Digamos que te lo ruego...”

Graznaba en el teléfono con un tono a la vez implorante y enojado. Como si el que le hubiera reventado de una patada no fuera el sinvergüenza de Chang Baoguo, sino yo mismo.

Acababa de cortar cuando la puerta blindada de la entrada tres del edificio se abrió. Una mujer con una remera de gimnasia gris asomó medio cuerpo, me miró y luego miró la minivan cubierta de barro. Por último su mirada descendió sobre el KT88 y sonrió.

“¡Oh, qué hermoso!” Pareció decir lo primero que le vino a la cabeza.

Podías entender su frase como un elogio de cortesía, o podías entenderla como ligeramente burlona. Su forma

de hablar me hacía acordar un poco a Yufen; su cara y su silueta también. No pude evitar echarle un par de miradas, entre perplejo y nostálgico. El KT88 que me había retorcido el cerebro para fabricar yacía ahí sobre la escalera de cemento frente a la puerta, el chasis gris plateado brillando bajo el sol de esa mañana clara.

La persona que me había encargado este equipo era su marido. Lo había conocido en la exposición internacional de *hi-fi*, en octubre del año anterior. Era una persona arrogante y un poco fastidiosa. Sólo había escuchado decir que era profesor, pero no podía decir, concretamente, cuál era su especialidad o en qué universidad enseñaba. Cambiaba de idea fácilmente: primero me pidió que le hiciera un EL34, y ya había terminado el chasis cuando me llamó de nuevo para que lo cambiara por un KT88, mucho más potente.

En este momento estaba sentado, bebiendo té con un amigo, en la semipenumbra del living. Cuando pasé a su lado, con el pesado equipo a cuestas, no detuvo para nada la charla, limitándose a asentir ligeramente en mi dirección, serio. Mi experiencia de tratar con profesores universitarios me había enseñado que todas las personas con cierto saber tenían una facilidad increíble para hacerme sentir una basura. Su amigo tampoco parecía una persona del montón. Llevaba un bigote tupido que le daba un cierto parecido con Engels.

La dueña de casa, amable dentro de todo, me preguntó si prefería té o café: respondí que me daba igual. Ella tomó mis palabras más que literalmente, pues volvió

enseguida con un vaso de jugo de naranja. Mientras yo manipulaba el equipo, permaneció apoyada de frente sobre el respaldo del sofá, observando inmóvil. Desde donde fuera que la mirara, tenía algo que me hacía acordar a Yufen.

Mi trabajo era simple, de hecho: debía conectar al chasis las válvulas inglesas GEC KT88 y la válvula rectificadora 5U4 de la norteamericana RCA, luego revisar un poco su voltaje de trabajo, conectar el cable de la señal y el cable de los altavoces, y listo. Advertí que los altavoces estaban un poco demasiado cerca de la pared y pregunté si podía ajustarse la posición. En general, si los altavoces están muy pegados al muro, las ondas estacionarias y los reflejos generados por los puertos traseros pueden hacer que las frecuencias bajas suenen un poco ahogadas. Esto es básico. Sin darle tiempo a la mujer a que respondiera, el profesor giró de golpe la cabeza en el comedor y me espetó, de manera muy poco amistosa:

“No toque nada.”

La esposa me guiñó un ojo, sacó la lengua y dijo, sonriendo:

“Hagamos así. No le haga caso. Nunca deja que muevan sus cosas. Escuchemos cómo suena, ¿qué le parece?”

“No hay que apurarse. Esperemos un rato más. Acabo de conectar la corriente, la máquina todavía no ha tenido tiempo de calentarse.”

“¡Ay, qué complicado!” De nuevo ese tono ambiguo, mitad curiosidad, mitad burla.

Tuve que explicarle pacientemente que para que el equipo diera un sonido agradable, el tiempo de precalentamiento no debía ser menor a veinte minutos. Este era mi principio. Ella también era profesora, enseñaba vóley en una universidad de educación física cerca de donde estábamos. Hice una simple comparación, y entendió enseguida la importancia del “precalentamiento físico”.

Mientras esperábamos que la máquina tomara temperatura comencé a revisar uno por uno los CD que había sobre la mesa ratona. Eran todos de música pop pasada de moda, como Anita Mui, Jacky Cheung y por supuesto Cai Qin. La mayoría eran discos piratas. Yo no tengo ninguna objeción respecto de los gustos musicales de los clientes. Si te gusta la música del renacimiento y del barroco, o la música de los románticos, o te gusta el jazz, el blues, o incluso grabaciones totalmente exageradas de tambores japoneses o vidrios rotos, a mí me da exactamente igual. Sin embargo, a decir verdad, gastar casi ciento cincuenta mil yuanes por un par de esos pequeños altavoces Acapella para escuchar un disco pirata de Anita Mui, es algo difícil de entender. Me di cuenta, con cierta tristeza, que todo el esmero que había puesto a lo largo de las últimas dos semanas para que este amplificador fuera lo más perfecto posible era en vano. Para escuchar estas cosas, de hecho, alcanzaba con un par de altavoces de computadora que podías comprar por menos de quinientos yuanes en el mercado de productos electrónicos de Hailong.

Por supuesto no dije nada. Me limité a preguntar, de manera discreta, qué disco quería utilizar para testear el

sonido. La mujer respondió que le daba igual; que de todos modos la única música que había en la casa era la que tenían sobre esa mesa.

El profesor y su amigo seguían conversando en voz baja en el living. En general las conversaciones de los intelectuales resultan difíciles de entender. Que uno no entienda no tiene nada de raro, pero ese tono y acento solemne con el que hablan tiene algo que no deja de desconcertarme. Es un tono capaz de hacer que cualquier punto de vista absurdo parezca profundo. Por ejemplo, el hombre que se parecía a Engels, no sé a cuento de qué, de golpe comenzó a hacer el elogio de la emperatriz viuda Cixi. Dijo:

“Por fortuna en aquel momento la emperatriz se robó un dinero destinado a construir la armada y levantó el nuevo Palacio de Verano al pie de las colinas del oeste. De lo contrario, caramba, ¿acaso no se hubiera hecho todo humo igualmente apenas estalló la guerra contra Japón en 1895? Esto muestra que la corrupción no necesariamente es algo malo. No puede dejar de admirarse la presciencia de la vieja Cixi. Gracias a este despilfarro suyo, no sólo nos dejó un lugar que es patrimonio de la humanidad, sino que piensa nada más en todo el dinero que sale cada año de la venta de entradas. Yo vivo en la esquina suroeste del parque; todos los días por la tarde, siempre que no llueva, voy a dar vueltas en bicicleta. Entro desde el sur por la puerta pequeña y salgo por la puerta norte. Desde hace veinte años lo mismo, ahh, cada estación es una delicia, no hay forma de cansarse...”

Mi interés se había avivado de repente al escuchar el nombre de Cixi. Un bisabuelo mío, cantante de ópera, había actuado en el palacio para la emperatriz y había recibido de regalo de la anciana dos rollos de seda. Me perturbaba escucharlo revertir con tanto desparpajo el veredicto histórico sobre Cixi —además, yo también amaba apasionadamente el parque, sobre todo el paisaje de agua y montaña junto al puente del Cinturón de Jade—. Sólo que, en los últimos años, la entrada había aumentado sin parar y contando a ojo debía hacer unos ocho que no entraba. En cuanto a Cixi, mi abuelo paterno solía repetir una frase que sonaba mucho más objetiva que la de este pseudo Engels. No hace falta decir, repetía, que Cixi era de una astucia casi sobrehumana, pero a la vez era más bien miope e ignorante, es decir, astuta en lo pequeño y obtusa en lo grande; en suma, una mujer bastante mediocre. No había captado la oportunidad histórica para el recambio dinástico y, en la encrucijada entre defender su propia dinastía y salvar el país, se había decantado trágicamente por lo primero. Su defenestración histórica era absolutamente merecida.

Tras escuchar la elevada disquisición de “Engels”, el profesor sacudió varias veces la cabeza, afirmativamente. Pero sus palabras, a continuación, sonaron fuera de todo parámetro. Estaba totalmente de acuerdo, dijo, con su punto de vista. Incluso, creía que la guerra de resistencia contra Japón había sido completamente innecesaria. Si al momento mismo de estallar la guerra nos hubiéramos rendido, no sólo nos habríamos ahorrado unas cuantas

decenas de millones de muertos, sino que, además, de haberse unido China y Japón para contrabalancear a Europa y los Estados Unidos, quizá se hubiera producido un cambio mayúsculo en el tablero mundial. Además, seguía sosteniendo que, a semejanza de Li Hongzhang y Yuan Shikai, Wang Jingwei era un verdadero héroe nacional de los que escaseaban; había que volver a reevaluar su figura y rehabilitarlo completamente. Citó, para rematar, un fragmento del diario de Wang Jingwei de la época de Pearl Harbor.

Le encantaba utilizar la pregunta retórica “¿no es cierto?” para reforzar su propio punto de vista. Como si, en cuanto la utilizaba, los clichés escandalosos cobraran un estatuto de verdad.

Aunque no puede decirse que yo sea nacionalista, y aunque no tenía idea de cómo retrucar las ideas del profesor, y además siempre he tenido cierto respeto por los intelectuales, al escuchar sus argumentos sentí una rabia sin nombre. ¿Cómo puedo explicarlo? Sus palabras me resultaban humillantes, como si alguien hubiera profanado las tumbas de mis ancestros, y tuve muchas ganas de discutirle. Lo que me sorprendía aún más era que, mientras se llenaba la boca con elogios exagerados acerca de lo excepcional que era el “sintoísmo japonés”, pronunciaba “Jami” en lugar de “Kami”. Aunque yo no he pasado del primer año en la Universidad de Electrónica y todo mi conocimiento literario proviene del *Lengua y literatura china para estudiantes universitarios* del profesor Xu Zhongyu, sabía que ese carácter no se lee “ja”, sino “ka”.

Logré a duras penas contenerme, escogí del montón de basura que había sobre la mesa ratona un CD cualquiera, *El escuadrón de las mujeres rojas*, y me dispuse a probar el sonido. Pero la mujer del profesor me preguntó de repente si podía cambiarlo por otro. Era fanática de Andy Lau. Me contó que en el concierto en el estadio de los trabajadores de 2004 había estado a un paso de estrecharle la mano. Bajo esas circunstancias, no podía negarme. Pero puedes imaginar lo que era escuchar una canción banal como “Dame un vaso de olvido” saliendo de los altavoces Acapella.

Se me puso ahí mismo la piel de gallina y mi malhumor llegó a un extremo.

Por supuesto no quiero decir que no se pueda escuchar a Andy Lau. Pero la situación actual es que, chicos y grandes, mujeres y hombres, del norte o del sur, todo el mundo está escuchando a Andy Lau. Aunque me retuerza el cerebro no puedo entender cómo se explica esto. No hay dudas de que algo no funciona en este mundo.

PEER GYNT

Como ya te habrás dado cuenta, me dedico a fabricar amplificadores valvulares. En Pekín los que vivimos de este negocio no seremos más de veinte personas. Debe ser una de las profesiones más insignificantes en la China actual. Lo raro es que, aunque en el ambiente todos nos conocemos, no tenemos trato entre nosotros. Ni nos serruchamos el piso ni nos doramos la píldora, ni hacemos jamás comentarios desubicados sobre el oficio de los otros colegas, de manera que cada uno custodia su pequeña porción de clientes, de la que depende para vivir. La mayor parte de la sociedad ignora completamente nuestra existencia, lo cual no está nada mal. Nosotros, a su vez, ocultos en nuestro rincón oscuro, satisfechos con nuestra vida de hombres invisibles, tenemos razones más que suficientes para despreciar a esta sociedad.

La palabra “audiófilo” no me gusta. Me considero un simple artesano. A lo largo de estos años, a decir verdad, siempre me he sentido orgulloso de esta condición. Ya sabes, hoy en día, el estatus de un artesano no es muy diferente al de un mendigo. Tal vez esos intelectuales tan eruditos son capaces de explicar con lógica impecable las transformaciones de nuestra sociedad, pero de acuerdo

con mi humilde entender nuestra decadencia comenzó desde el momento en que se empezó a pisotear de manera deliberada a los artesanos.

Hay que decir, sin embargo, que a finales de los años noventa hubo un momento de furor en nuestra profesión. Entonces, la Exposición Internacional de *hi-fi* de Pekín, que tiene lugar una vez al año, de repente explotó de público, la gente desbordaba el lugar. Era difícil de entender de dónde habían salido todos esos fanáticos de Bach, de Wagner, de Furtwängler, de Casals. Cualquier literato con el que tratabas se avergonzaba de escuchar música pop (un poco exagerado, para ser francos). Aunque todo el mundo no hacía más que hablar de música clásica, por miedo a que el otro te mirara de arriba incluso te daba vergüenza mencionar a Beethoven o a Mozart: si abrías la boca, tenía que ser para hablar de otros más raros como Telemann, Mahler o Viotti. Qué diferente de lo que sucede hoy, cuando la gente escucha contentísima incluso a alguien como Chris Lee.

Por entonces la FM 97.4 estéreo de Pekín tenía un programa especial que se llamaba “El consultorio del melómano”. Cada vez que llegaba la hora del programa atrancaba la puerta, apagaba las luces y me sumergía en la oscuridad a escuchar la emisión en una radio que había ensamblado yo mismo. Vivía aún en nuestra vieja casa de la calle Chunshu. Cuando esas melodías maravillosas flotaban en la penumbra de la noche, el mundo entero se serenaba de golpe y se volvía extraordinariamente misterioso. Hasta los dos pececitos que tenía en un pote

de porcelana saltaban felices sobre el agua, agitando la cabeza y la cola, haciendo un ruido de chapoteo. En ese momento uno podía tener una especie de alucinación que te hacía imaginarte en el corazón secreto del mundo.

Dos años después empecé a tener clientes fijos para mis amplificadores. Incluso me invitaron a los estudios de grabación de la radio para participar del programa en calidad de “médico de hardware”. ¿Y ahora? No sólo aquel programa de radio desapareció sin pena ni gloria hace ya tiempo, sino que si por azar tienes ganas de escuchar música clásica mientras manejas, es más difícil que ganarse la lotería. No sé a qué se debe, pero a los conductores de los programas hoy en día les gusta sobre todo hablar. Dicen estupideces sin parar, festejándose con risas y aplausos exagerados, como si se hicieran cosquillas frente al micrófono. De verdad, es espantosamente aburrido.

En resumen, es difícil imaginarse hoy la atmósfera de la música clásica en los noventa. Mi mujer, que por entonces era aún mi novia, había estudiado en una secundaria técnica de Hebei, y más de una vez me dijo que el primer tema que pasaban cada día en la estación de radio era “La mañana”, de la suite *Peer Gynt* de Grieg. Imagínate qué sensación puede ser despertarte cada madrugada con esa melodía.

Bueno, ahora tal vez deba hablar un poco de mi mujer.

En la época en que la conocí yo todavía no había ingresado en esta profesión del *hi-fi*. Por entonces todavía trabajaba en la zapatería Tongshenghe de la avenida

Wangfujin. Me fijé en Yufen desde el momento en que entró por primera vez a la tienda. No había manera de no fijarse en ella. Un rostro puro y hermoso, que cada vez que lo mirabas te hacía sentir como si te rozara con el filo de una navaja. Digamos, te daba ganas de hacer cualquier cosa para gustarle. Se probó sucesivamente unos cuatro pares de zapatos: ninguno le quedaba. No compraba, pero no terminaba de irse. Permanecía sentada sobre la banquetta, suspirando.

La observé con disimulo un buen rato, mientras veía cómo afuera en la calle iba cayendo la noche y los paseantes de a poco empezaban a ralear. Bandadas de cuervos graznaban tristemente y sin pausa desde las ramas de los árboles. Cuando llegó la hora de cerrar, me acordé también que debía pasar por la calle Kuan a buscar unos remedios para mi madre; no me quedó otra que acercarme y decirle en un tono en el que no había lugar para la duda:

“¿Me permite mirar un segundo sus pies?”

La mayoría de las personas, en momentos de agobio, suelen ser muy receptivas a las sugerencias ajenas y resultan fáciles de manipular. Levantó la cabeza de manera sumisa, me miró, y sin prestar atención a mi arrebato imperceptible, preguntó con un mohín: “¿Cuál de los dos?”.

Cualquiera de los dos, respondí.

Se sacó ahí mismo las dos zapatillas e incluso, aunque no había necesidad, las medias de seda. Miré de reojo su pie derecho, me di vuelta y tomé de la estantería dos pares para que eligiera. Se los probó, e inmediatamente

decidió comprar ambos. Ese día, antes de irse, me hizo la siguiente pregunta:

Había estado todo el día girando por las zapaterías de Xidan y Wangfujin, se había probado decenas de pares de zapatos y no había encontrado uno que le satisficiera, mientras que a mí, increíblemente, unos pocos minutos me habían bastado para elegir, con sólo extender una mano, esos dos pares que le quedaban perfectos, como si hubieran sido hechos para ella. ¿Cómo se explicaba eso?

Tal vez era que estaba particularmente de buen ánimo, orgulloso de mí mismo, por lo que mi respuesta a continuación, no hace falta que lo digas, sonó como una especie de apotegma:

“No tiene nada de raro. La gente siempre elige para sí misma cosas que no le convienen.”

De hecho, con la perspectiva de lo que sucedió después, estas palabras no tenían nada de apotegma y sí, en cambio, algo de augurio involuntario. La segunda vez que Yufen vino a la tienda la invité a cenar al restaurante Juanjude en frente del Teatro de los Niños. Para mi sorpresa, aceptó. Una semana más tarde, la invité al cine. Era una persona extremadamente dócil, a un punto que daba miedo. Esto es algo que nunca pude entender del todo, era como si la viera a través de una niebla. Durante los primeros dos años de nuestra relación, no tuvimos ni una sola pelea y no hubo un solo hecho que la hiciera poner mala cara o decir palabras extemporáneas. Era el tipo de persona que vive para estar incesantemente de acuerdo con los demás.

Mi amigo Jiang Songping me había dicho una vez, lamentándose: las muchachas de Pekín son un poco como el personaje de la tigresa de Lao She; en cuanto hay algo que no les gusta se sacan la zapatilla y te empiezan a dar. Evidentemente, esta máxima no se correspondía del todo con la realidad. Una vez la llevé a Yufen a lo de Jiang Songping. No podía entender “mi buena suerte”, e incluso parecía un poco enojado. De pie en frente de mí, hablando con Yufen, su cuerpo se volcaba inconscientemente hacia adelante.

Lo que llaman “una belleza irresistible”, finalmente, existía.

Hacia fines de los noventa, gracias a los amplificadores que hacía para otras personas logré reunir un cierto dinero. Apenas tuve un colchón renuncié a la zapatería, alquilé un puesto en Ultrasónico y me asocié con una empresa hongkonesa de venta de *hi-fi* para representar a los altavoces de la marca inglesa Tannoy. El mercado de *hi-fi* por esa época estaba en auge, era muy difícil no ganar plata aunque no quisieras. Compré un departamento de tres ambientes en Shangdi Dongli, y cuando me pareció tener la confianza suficiente como para pedirle casamiento a Yufen, la llevé a mi casa a conocer a mi madre. Lo que deseaba, en realidad, era que mi madre se sintiera orgullosa de mí.

Por entonces mi madre ya sabía que estaba enferma pero seguía conservando su buen humor. Llevé a Yufen al cuarto a mostrársela un instante, y luego le pedí que fuera a la cocina a ayudar a mi hermana con la comida.

Me quedé esperando al costado de la cama de mi madre, y le pregunté, con orgullo, qué le parecía la nuera que le había traído. La vieja se quedó un rato largo pensando y luego me agarró una mano y me dio un apretón: “Se ve muy bien esta chica”, dijo, con una sonrisa.

La frase no me gustó nada. ¿Qué significaba “se ve muy bien”? Era decepcionante, como si estuviera evaluando a una camada de chanchitos engordados para el matadero. Luego de un rato, suspiró y agregó:

“Tiene buen carácter. Se diría buena persona, gentil.”

Al escucharla sentí que se me quitaba un peso de encima, convencido de que estaba elogiando a Yufen; no puedo describir mi alegría. Pero mi madre, tendida de lado y con un viejo saco sobre los hombros, tosió un largo rato y golpeó con una mano en el borde de la cama, indicándome que me sentara. Que me sentara donde pudiera alcanzarme con su mano. La apoyó sobre mi hombro y me dijo de repente:

“Hijo, ay, si no escuchas mi opinión es porque no te importo nada. Pero si realmente quieres un consejo de tu madre, te digo que lo mejor es que no te cases con ella. Examiné su rostro, no hay nada malo en sus rasgos en sí; sólo hay un problema, y es que su destino parece borroso.”

Le pregunté a qué se refería, pues mi madre era originaria de Yancheng, en la provincia de Jiangsu, y con frecuencia intercalaba palabras en dialecto que no eran fáciles de entender. Se quedó pensando y, sonriendo de nuevo, me dijo: “Esta chica es algo inconstante. No es bueno. Sé que suena feo, pero la verdad es que esta

mujer está destinada a otro. No está al alcance de una familia como la nuestra”.

Enseguida agregó una especie de dicho que me hizo gracia: “De la cabeza a los pies el viento desciende; de los pies a la cabeza el viento sube”.

Sin embargo, cuando nos casamos ese año el día nacional, mi madre no dijo una palabra. No trató de interponerse, ni puso ninguna cara. Cuando mi hermana mayor llevó a la recién casada hasta al borde de su cama, para que la llamara “madre” por primera vez, no sólo respondió en voz alta, sino que también, sonriendo y haciendo un esfuerzo, insistió en sentarse para responder al saludo. Sacó de abajo de la almohada los doscientos yuanes de regalo que había guardado ahí con antelación, y al dárselos la abrazó.

Fue cuatro años después que se confirmaron las palabras de mi madre.

Un día, al volver a casa de su trabajo, Yufen me anunció suavemente que quería divorciarse. El motivo era que había “empezado a intimar” con un director que había llegado a su oficina poco tiempo atrás. Me fumé dos paquetes de cigarrillos solo en el balcón, pero seguía sin poder aceptarlo, así que fui hasta el cuarto, la desperté y le supliqué que lo pensara un poco más. Abrió los ojos, nublados por el sueño, y dijo absurdamente:

“¿Qué hay que pensar? Querido, ya hicimos lo que tú sabes.”

No había caso. A lo único que atiné fue a ir a la cocina y hacerme un tajo en el dorso de la mano con un cuchillo.

Por la época en que me separé de Yufen la vida de mi madre también estaba llegando rápidamente a su fin. Los vecinos y las antiguas compañeras de trabajo trataron de convencerla de que se internara de inmediato. Mi madre se mantenía inflexible y se limitaba a observarlos silenciosamente, con una sonrisa en la cara. Tenía sus propios planes la vieja. Sabía que, de ir al hospital, esta vez no regresaría, y además no se resignaba a gastar ese dinero. Finalmente su hermano se vino desde Yancheng y, después de mucho discutir con ella, logró que aceptara hospitalizarse.

En los once días desde su internación hasta su muerte, ocasionalmente me daba una vuelta por el hospital y me quedaba simbólicamente unos minutos. La pérdida de Yufen me había dejado abatido. Mi hermana lo sabía.

“Nuestra madre está por morir”, me dijo un día, golpeando el piso con un pie, como para subrayármelo.

Le respondí, con una calma absoluta: “Yo también tengo ganas de morir. ¿No me crees?”.

La cara larga con la que andaba yo todo el día le indicaba que no había nada que hacer conmigo. Ella iba todas las noches al hospital a hacerle compañía; de día tenía que ir a trabajar a una planta de tratamiento de aguas servidas en el distrito de Shijingshan. Siempre andaba con ojeras esos días, igual que un gallo de pelea. Y el sinvergüenza de su esposo Chang Baoguo, mientras tanto, ya se había encargado de arruinar mi reputación entre parientes y amigos.

Yo lo dejaba hacer.

La última vez que fui al hospital a visitarla, mi madre se encontraba en el letargo de la medicación. No queriendo interrumpir su sueño, le hice una seña con los ojos a mi hermana, me quedé un rato parado al costado de la cama, y estaba ya por retirarme sigilosamente cuando mi madre abrió de repente los ojos y me detuvo.

Insistió en que mi hermana se volviera a su casa y que me quedara a acompañarla una noche.

“Sólo una noche. ¿Qué te parece?”, me preguntó, sonriendo de manera traviesa.

Naturalmente, no tenía qué decir.

Sin embargo, no parecía haber mucha necesidad de que pasara la noche al lado de la cama, pues mi madre apenas lograba mantenerse consciente de a ratos. Cuando se despertaba me pedía siempre que la ayudara a darse vuelta, para que sus ojos pudieran fijarse en mí. Me miraba de una manera que me ponía incómodo. Era de por sí pequeña, y luego de la enfermedad había adelgazado muchísimo, su aspecto era penoso. Cada tanto me tomaba la mano y me acariciaba suavemente, con una expresión de serenidad y una sonrisa muy tenue que no se borraba nunca de su cara. Juntó fuerzas a lo largo de toda la noche y cuando estaba por amanecer finalmente se largó a hablar.

Recuerdo que el hospital parecía lindar con algún cuartel militar, porque al alba pude escuchar nítidamente el toque de diana que venía de las barracas. Por supuesto, no era el *Peer Gynt*. Mi madre me dijo que sabía que estaba por irse, tal vez ese mismo día, tal vez el siguiente. Ya no le importaba nada, salvo poder verme un poco más.

Escucharla hablar así me producía un gran sufrimiento. Había sabido de mi divorcio a través de mi hermana, pero no me reprochó por no haberla escuchado, simplemente me dijo:

“Entonces te aconsejé que no te casaras con ella. ¿Pero qué hiciste? No querías hacer caso, así que tampoco tenía sentido insistir. Te habías encontrado con una belleza salida como de un cuadro y no pensabas más que en su cuerpo, no es que no me diera cuenta. Podría haber intentado interponerme, pero me temía que no hubieras podido soportarlo, débil como eres. Me dije, bueno, que se case y después veremos. Si no funciona se separan, se busca otra persona y se casa de nuevo. Como dice el dicho, el que esperar puede alcanza lo que quiere. Hay momentos en que uno siente que no puede seguir, y entonces se junta coraje, se aprietan los puños y se sigue adelante. No es para tanto. Te digo, tienes que escucharme, en la vida a todo hombre le espera una esposa, hecha para él solo, predestinada. No es Yufen, pero es otra persona. Dónde se encuentra no tengo idea, tampoco es necesario que salgas desesperado a buscarla. Cuando el momento no ha llegado, no vale la pena buscarla. Una vez que llegue, ella misma va aparecer frente a tus narices y tendrán hijos juntos. No es que yo sea supersticiosa, después mira a ver si me equivoco, seguro que será así. Quédate tranquilo, cuando llegue el momento lo sabrás. En el momento mismo en que la veas vas a pensar: eh, es esta persona...”

La interrumpí y le dije: “Lo sé. Eso fue lo que sentí cuando vi a Yufen por primera vez”.

Mi madre sonrió, sacó la lengua y se la pasó por los labios resecos:

“¡Estás embrujado!”

“Suponiendo que un día me encuentro con la mujer que me está destinada y no la reconozco, ¿qué hago?”, pregunté.

Mi madre pensó un instante y de repente dos lágrimas amargas le rodaron por las mejillas. Luego de un rato dijo: “¡A veces pareces tonto, hijo! Llegado el momento, te visito en un sueño, ¿qué te parece?”.

En medio del murmullo de la lluvia que venía de afuera, mi madre me puso en la mano un certificado de un plazo fijo y me cerró el puño alrededor sin decir nada. Rodeó mi mano con las suyas, apretándola con fuerza. Ahí estaba todo el dinero que había ahorrado a lo largo de su vida. Me hizo jurar que mi hermana no se enteraría.

Durante el funeral no se me cayó ni una sola lágrima. La amargura era profunda, pero las lágrimas no salían. Yo mismo no sabía qué me pasaba. En la sala del velatorio, Chang Baoguo y los demás lloraban a moco tendido, como si fuera el mismísimo fin del mundo, pero a mí el llanto no me salía. Algo me roía por dentro, rumiaba incesantemente la pregunta: ¿debía decirle o no a mi hermana lo del depósito? No es que le diera tanta importancia a esos veintisiete mil yuanes que me había dejado mi madre; lo que me preocupaba era lo que podían llegar a pensar mi hermana y su marido en caso de contárselo. No estaba seguro. Desde que mi madre

había caído enferma era mi hermana la que se había ocupado de cuidarla. Si se enteraban de que la víspera de su muerte la había despachado para darme en la mano ese certificado, no estaba seguro de que no hicieran una escena en medio del funeral.

Después del divorcio me mudé del apartamento en Shangdi Dongli y me alojé temporalmente en uno vacío que mi hermana tenía en Shijingshan. Era un apartamento nuevo al que ella había accedido poco tiempo atrás a un precio subsidiado. A poco de mudarme descubrí que en la pared norte del living se había abierto una enorme grieta. En verano no había problema, adentro se ponía fresco, pero al llegar el invierno, por más que usé tres rollos grandes de cinta, no hubo manera de impedir que el viento y la arena se filtraran por la falla. Con mi hermana buscamos la oficina correspondiente y presentamos un reclamo. Se nos rieron en la cara: las grietas provocadas por el hundimiento del suelo eran un problema mundial, nos dijeron antes de deshacerse de nosotros. Sin embargo, fue tal vez a causa de la grieta y del viento que se filtraba que mi hermana y su marido se mudaron a la vieja casa de la calle Chunshu. Sin lugar a dudas, pensaba yo para mí mismo, aquella grieta había sido oportuna.

Tiempo después, Yufen vino a verme. Resultó que su pareja, el director, había hecho algo mal al tratar de sincronizar un torno de control numérico importado de Alemania, y la máquina había sufrido un desperfecto, se había quemado un componente del circuito. Este torno costaba mucho

dinero, y si al jefe de la empresa se le ocurría investigar era más que probable que el director perdiera su puesto. Más que nada porque yo alguna vez había utilizado una máquina del estilo del torno para trabajar los chasis de los amplificadores, Yufen vino esa misma noche a pedirme que la ayudara a echar un vistazo.

Por supuesto, me negué.

Tú sabes, sé bastante de todo lo que tiene que ver con sistemas *hi-fi*. Si me piden reparar una computadora, un aire acondicionado o un televisor, también puedo darme maña. Pero en mi vida había visto nada parecido a una de esos grandes y complejos tornos importados. Cuando Yufen vio que el motivo de mi rechazo era simple temor, me dijo:

“‘Torno importado’ suena muy misterioso, pero en la práctica no necesariamente es mucho más complejo que los amplificadores valvulares o las computadoras que manipulas todos los días. Además, eres como la reencarnación en la tierra de la divinidad de las máquinas, basta con que sean máquinas para que te tengan miedo. Esa cosa se agranda frente a los extraños, pero en cuanto vayas tú, la situación será diferente. Tal vez baste que escuche tus pasos para que se asuste y vuelva a la normalidad. Quién sabe.”

Me sentí halagado en mi orgullo y finalmente, incapaz de resistir a sus elogios falsos y su súplica, acepté ir a echar un vistazo. Por supuesto, también conocí a su nuevo marido, el director Luo. Tenía en la mano una pila de manuales en alemán y caminaba detrás de mí sin

despegarse un segundo, diciendo una tontería tras otra. Fastidiado, tuve que decirle que me dejara tranquilo. Él, sin embargo, no se enojó en absoluto, simplemente se rio.

Era, al fin y al cabo, la primera vez que veía esa cosa, así que sólo para entender los principios de funcionamiento de la máquina estuve más de cuatro horas. Pero luego tardé apenas veinte minutos en encontrar la falla y repararla. Yufen sin duda le había ocultado a al tal Luo la naturaleza de nuestra relación, pues mientras comíamos, poco después, él me preguntó muy cortésmente de dónde era mi familia, cuántos años tenían mis hijos, etc. Dijo también que si más tarde mi hijo pensaba ir a Alemania a estudiar, que fuera a verlo.

Dos o tres días más tarde Yufen vino de nuevo a buscarme al apartamento de Shijingshan. Mi madre no se había equivocado en nada. Aunque se había divorciado de mí, todavía parecía tener algo conmigo. Con una sonrisa maligna me preguntó si no me sentía un poco acalorado esos días, sin nadie al lado, y se ofreció ella misma a ayudarme a “desahogarme”. No era fácil decir que no. Me di cuenta entonces que ya estaba embarazada, y sentí un pesar y una humillación que es imposible describir. Mientras lo hacíamos Yufen no paraba de elogiar-me, diciéndome que mi habilidad con el cuerpo femenino no era en nada inferior a mi destreza con las máquinas. Su marido había regresado a China después de hacer sus estudios en Múnich, pero no todo lo que reluce es oro. Apenas acababa de ponerla toda caliente por un lado cuando a él ya se le había dormido, encogiéndose como

una babosa muerta. Hacía cuatro meses que estaban casados y todavía no la había hecho acabar ni una vez. Al escucharla no sabía si debía alegrarme o deprimirme.

Todavía vino a verme una vez más a escondidas de su marido. Pero soy una persona con muy poca autoestima, y cuando estábamos juntos la cara pequeña y blanca de ese Luo no dejaba de bambolearse un instante frente a mis ojos. No podía sacarme de encima la sensación de estar haciendo algo malo. Así que, haciendo tripas corazón, le dije a Yufen:

“Nosotros ya estamos divorciados. Puesto que te casaste con ese Luo, te corresponde vivir con él. No vengas a buscarme nunca más. No lo soporto. Ese Luo parece un hombre refinado y educado, mucho mejor que yo en cualquier aspecto. En cuanto a acabar o no acabar, al fin y al cabo no es tan importante. No podemos seguir así, y además tu panza está cada día más grande. No está bien lo que hacemos. Te pido que no vengas más por acá.”

En el camino, al acompañarla al metro, el rostro de Yufen tenía una expresión extraña. Me miró un rato largo, luego me abrazó y se puso a llorar. Antes de irse me dijo algo que me dejó pensando dos meses. Dijo que el primero con el que me había sido infiel no era ese Luo, sino un mecánico ordinario que un día, mientras hacía el turno nocturno, la había arrinconado en el baño, descolocándola.

Después de esa vez Yufen no volvió por Shijingshan. Nunca más escuché la suite *Peer Gynt*. El año pasado, alrededor del feriado del 1° de mayo, fui por la zona de

Dongdaqiao a ajustar un tocadiscos de un cliente, y la vi en una calle cerca de Sanlitun. Había una fila de mesas de café con sombrillas a la sombra tupida de unos árboles. Estaba sentada a una de esas mesas, tomando algo con un negro, que apoyaba una mano sobre su hombro desnudo. No me atreví a llamarla.